

# Unidos somos más fuertes



Ana Martha Panadés Rodríguez

La unidad constituye un principio sagrado y profundamente ligado a la propia naturaleza humana, y se expresa cuando nos sentimos parte de algo: la familia, el grupo, el lugar donde se nace, la patria... Trasciende como una fuerza inquebrantable capaz de soportar todas las tempestades.

Nuestra historia deja lecciones muy claras de la utilidad del esfuerzo colectivo y el consenso —que no excluye la existencia de criterios diversos— para modelar un proyecto de nación que abrigue a todos; a pesar de las diferencias, insisto.

Resultó la unidad, o la falta de ella, factor clave en el éxito o fracaso de los procesos revolucionarios que expresaron los anhelos más profundos del pueblo cubano. No se necesita ahondar demasiado en la memoria histórica de la nación para encontrar referentes de cómo el caudillismo o los regionalismos frustraron las aspiraciones de los patriotas durante la Guerra de los Diez Años, por citar un ejemplo.

Con su visión profunda y de alcance mayor, Martí alertó sobre las causas del fracaso de esa gesta —vívica en plena juventud y entremezclada con la experiencia del destierro y el conocimiento de la emigración revolucionaria dividida en numerosos sectores— y no desmayó en su lucha a favor de la unidad nacional.

Nadie hizo más que el

Apóstol por construir consensos y sentar los cimientos de una República unitaria, plural, inclusiva, democrática y próspera. Hoy, como nunca antes, la perdurabilidad y fortaleza de la nación tendrán que sustentarse en este principio forjado a lo largo de varios siglos y con una alta cuota de sacrificio.

El mayor desafío, en los momentos actuales, estriba precisamente en la capacidad de aplicarla en cada momento difícil, en la necesidad de apartar el egoísmo y la apatía para sumar todas las fuerzas interesadas en el progreso de Cuba y la defensa de su soberanía nacional.

“Unir es crear”, escribió el Héroe Nacional y en la obra de la Revolución esta premisa ha sido fundamental en el propósito de mantener el proyecto socialista como única manera de preservar la soberanía nacional y rectificar errores cuando las circunstancias lo exigen.

El General de Ejército Raúl Castro Ruz la definió como la “más importante arma estratégica” frente a la creciente hostilidad de Estados Unidos. El discurso pronunciado en Santiago de Cuba por el líder revolucionario el primer día de enero insiste en un principio que ha salvado a la nación en su devenir histórico; y esta vez no será diferente.

“La unidad no excluye las discrepancias honestas, sino que presupone la discusión de ideas diferentes, pero con los mismos propósitos finales de justicia social y de soberanía nacional, lo que nos permitirá siempre llegar a las mejores decisiones”, expresó Raúl Castro.

Si miramos los dedos de nuestra mano, cada uno es diferente; pero permanecen siempre juntos. De igual modo somos una sociedad heterogénea y debemos

aceptarnos y respetarnos en esa diversidad que suma y no excluye.

Vale mencionar que el proceso revolucionario cubano atesora episodios importantes de participación popular, los cuales han sido decisivos en materia política e ideológica; así sucederá durante los debates de cara a la implementación de las Proyecciones del Gobierno para corregir distorsiones y enfrentar los problemas de la economía, cuyo hilo conductor serán precisamente los planteamientos del General de Ejército en torno a la unidad, la ejemplaridad en

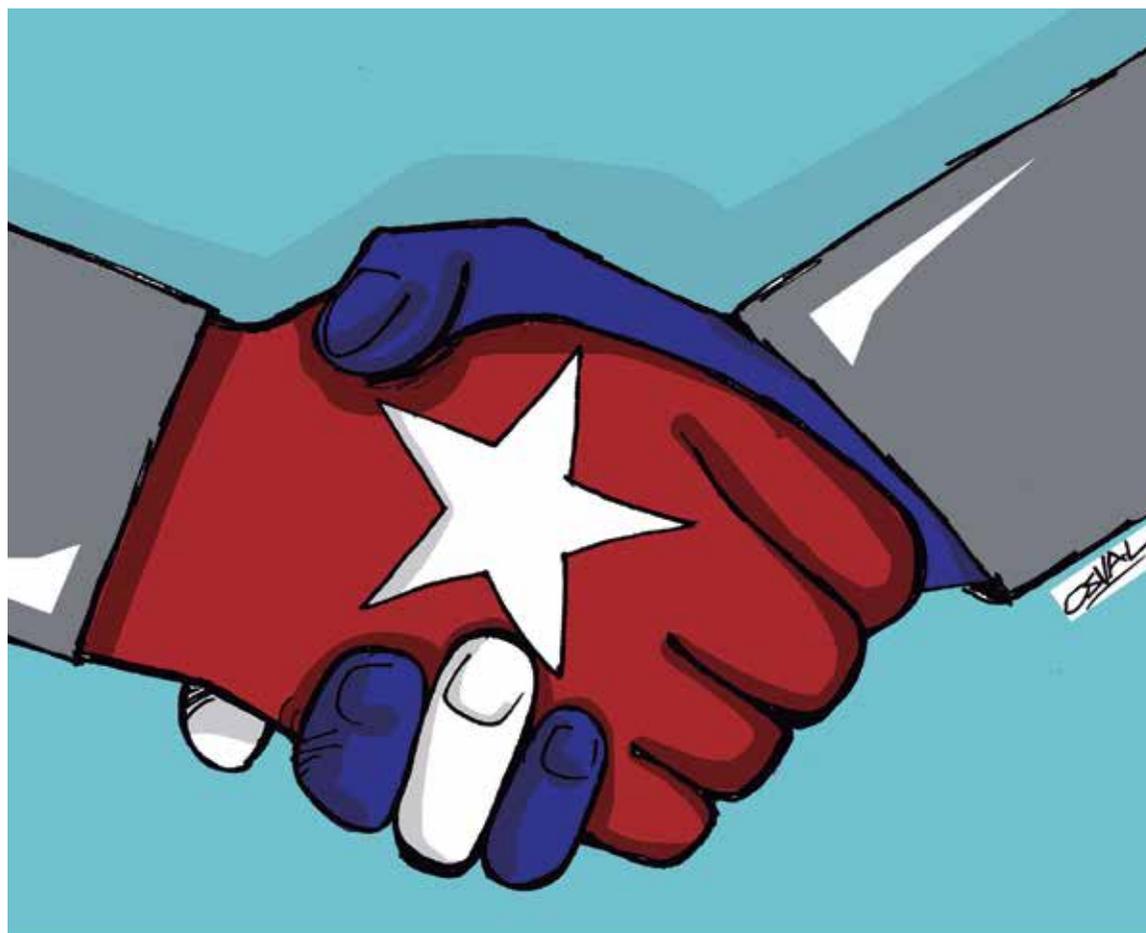
las filas revolucionarias y el desempeño de los cuadros.

Sin dudas los procesos que se avecinan propiciarán espacios de análisis y construcción de consensos, al abarcar todas las estructuras administrativas, y también los colectivos de trabajadores, de estudiantes, y la población en las comunidades. Por tanto, toda la sociedad cubana participará en esos debates y algunas ideas podrán convertirse en acciones.

Hoy —tal vez como nunca— es preciso ajustar los lentes de largo alcance para promover el análisis colectivo y que los

argumentos o las propuestas sean razón de cohesión y de articulación, despojándonos de cualquier sentimiento de odio y de conflictos irreconciliables que debilitan los cimientos de la unidad como premisa para edificar el futuro de Cuba.

Las enseñanzas martianas rebasan los siglos. Y a la luz de la prédica del más genuino defensor de este principio, ensanchemos la convivencia del país, agrandemos el alma de la nación para que cada cubano encuentre la oportunidad de salvar y perfeccionar nuestro proyecto soberano y de justicia social.



## Promover bien... o no hacerlo

No es muy difícil, si usted camina frente a una institución cultural, observar una cartelera que anuncia o promociona las actividades que tendrán lugar en ella. Tampoco es difícil, pienso, ver que muchas de estas carteleras carecen de estética o no transmiten la belleza que una promoción cultural necesita. Lo cierto es que, de promover mal, es preferible no hacerlo.

La falta de belleza, de estética y, sobre todo, de concepto en esas carteleras no solo afectan la percepción que el público posee de las actividades culturales, sino que también pueden generar una falta de interés y de apatía hacia los eventos. ¿Realizarán esas instituciones promoción de sus actividades en las redes sociales? Las redes permiten un mayor alcance, ya que se puede llegar a un público mucho más amplio y diverso. Además, ofrecen herramientas para segmentar la publicidad y dirigirla específicamente a las personas que poseen mayores probabilidades de estar interesadas en la cultura. Pero, ¿qué

ocurre en las redes sociales?, ¿se peca también contra la estética y el concepto?

Unos y otros sitios —los portales y los perfiles— adolecen de lo mismo. Y la pregunta, claro está, asoma por sí sola: ¿quiénes son los encargados de promover en nuestras instituciones culturales? En esas plazas, como en todas, se requiere de un conocimiento. Las carteleras deben ser visualmente atractivas, concisas y fácilmente legibles. Deben presentar la información de manera clara y organizada, y —entre otros muchos elementos— lograr que la tipografía y los colores hayan sido cuidadosamente seleccionados. Solo así se transmite el carácter y contexto del evento. Pero, tristemente, no ocurre de esa forma: en los portales de nuestras instituciones y en los perfiles de sus redes sociales no siempre se promueve de la mejor manera.

Todo no puede quedar en “ofrecer un teléfono corporativo al comunicador para que realice la promoción”. El oficio, insisto, siempre va más allá. Cierto es que las redes suelen ser más atractivas,

pues se pueden utilizar imágenes, videos y otros elementos visuales para captar la atención del público.

Además, es posible aprovechar el potencial interactivo de estas por medio de los comentarios y las reacciones, pero, al ser de mayor alcance, los errores se pagan más caros. En las redes sociales, para nadie es un secreto, pululan fotos de mal gusto. Usted puede encontrar personas que parecen tener más interés en aparecer en la foto que el propio hecho de participar de una actividad cultural. Esa falta de originalidad me hace dudar, incluso, del evento que promueven.

Fue en el municipio Fomento, hace muy poco, donde una cartelera llamó profundamente mi atención. Se promovía al reguetero Yomil y la cartelera en cuestión decía: “El patrón a seguir en concierto: Yomil Champions”. Ojo, los carteles van más allá de los diseños y de la tipografía. No solo es una presentación visual, muestran un texto que es portador de determinado mensaje.



Ángel Martínez Niubó

En el dinámico y cambiante escenario actual, resulta de vital importancia que aquellos sistemas y organismos vinculados a la difusión de la cultura lleven a cabo una revisión meticulosa y profunda de sus estrategias de promoción. Se han de repensar con un mayor enfoque en utilizar las redes sociales como herramienta principal.

Eso sí, insisto, se ha de tener en cuenta que una mala promoción puede generar los efectos contrarios a los perseguidos. Necesitamos crear publicaciones atractivas, sin olvidar los valores que se quieren difundir.